

desembarcó en Cabo Rojo hasta el 21 de Agosto. Entretanto, no podemos prescindir de hacer una rápida y somera referencia á los documentos originales más interesantes, para dar á conocer en su conjunto, la situación general del país ante la invasión durante los últimos días de Julio y los primeros de Agosto. Estos documentos nos dicen cuán culpable fué en su descuido y desconcierto el Gral. Garza. Si no tenía los medios necesarios para una resistencia militar enérgica, pudo, en cambio, salvar el armamento y municiones que cayeron en poder del enemigo, y trazar algún plan de defensa, activando, entretanto, la organización de sus escasas tropas. También resulta de todos estos testimonios la flaqueza de Barradas y el cambio súbito que sufrió la situación, primero con la llegada de Mier y Terán, cuya sola presencia fué ya un principio de aliento y esperanza, y luego con la combinación feliz que pudo formarse cuando la impetuosa actividad de Santa-Anna se alió á los conocimientos militares de aquel jefe:

A las tres de esta mañana tuve aviso de que el enemigo que se hallaba ya situado en Pueblo Viejo, marchaba por la margen del río del lado opuesto en número de 1,000 hombres. A las cinco volví á tenerlo de que ejecutaba igual marcha con 1,500 por la playa, y por fin, á las nueve se me aseguró que lo hacía por el Paso de los Corchos en número de 900 á 1,000 hombres. Con tales avisos, no dudé que se dirigían al fortín de la Barra en el Estado de Veracruz: en efecto, á las doce del día un bergantín de la escuadra tiró sobre el expresado fortín dos tiros de cañón á bala rasa, y éste le contestó con otros tantos. A muy pocos momentos se asomaron por los tres rumbos citados las fuerzas ya dichas en más ó menos número, desplegando todas ellas una guerrilla sobre el baluarte, y éste hizo de su tropa la retirada que de antemano le tenía yo prevenida, clavando la batería é incendiando la corta población de aquel sitio. Esto fué ejecutado con la violencia que exigía la aproximación de los enemigos; pues siendo el número de éstos de 3,000 y tantos, y el de los que resistían, de sólo 50, se vieron así precisados á la ya dicha retirada, la que me fué imposible evitar, pues sólo cuento con la fuerza que indiqué á V. E. en mi anterior parte, y que si se hubieran sostenido, no sólo me hubiera visto destrozado, sino también comprometido á abandonar ambos puntos. Por fin el enemigo á la una de este día ha tomado posesión del fortín de la Barra de Pueblo Viejo, enarbolando en él el pabellón español. Yo permanezco en este punto (Barra de

Tampico de Tamaulipas) á donde he extraído los pertrechos, utensilios y demás rezagos del ya perdido, y me sostendré hasta tanto la escuadra enemiga no me desaloje, pues es un terreno raro absolutamente, é incapaz tal vez de fortificarse por sus muchas avenidas, contemplándome también hostilizado por el baluarte que poseen los enemigos, pues éstos pueden ofenderme con su artillería y yo no á ellos, porque no la tengo disponible, pues sólo cuento con tres piezas de plaza, con las que protegeré mi retirada en el caso más fortuito. Hoy se me ha reunido á las dos de la tarde el coronel del ejército teniente coronel del 9º Regimiento D. José María Arleguí con 180 hombres de su Regimiento, y por momentos espero lo haga el Sr. Gral. D. Felipe de la Garza. No me es posible tomar la más pequeña providencia para hostilizar al enemigo, pues las circunstancias tan sólo me tienen reducido á observarlo.—Suplico á V. E. se digne darme una fuerza capaz de resistir á las enemigas, pues de lo contrario me veré precisado á ir abandonando puntos y perdiendo fuerzas. No desatienda V. E. mis súplicas, porque los enemigos auxiliados de otros interiores (españoles en su mayor parte) toman á cada momento recursos y terreno . . . Barra de Tampico, del lado de Tamaulipas, Agosto 4 de 1829.—*Mariano Palacios.*

Los partes que he recibido me han hecho conocer que el enemigo ha conseguido algunas ventajas sobre las fuerzas que se reunieron de la *milicia activa y cívicos* de la 4ª sección, ni podía ser de otro modo cuando la imprudencia de los jefes que las mandaban las comprometieron inesperadamente, de resultas de lo cual se han posesionado del fortín de la Barra de Tampico, de Pueblo Viejo y de la ciudad de Tamaulipas. El Gral. D. Felipe de la Garza tuvo que abandonar aquellos puntos después de haber sufrido alguna pérdida, *pues la fuerza que tenía era muy inferior á las del enemigo.*—Túxpam, Agosto 11 de 1829.—*Antonio López de Santa-Anna.*

Después de cuanto manifesté á V. E. en mi oficio de 11 del actual, por extraordinario y combinando las diferentes noticias que me han dado, se debe deducir que han variado los enemigos de ideas, y creo que tratan de fortificarse solamente en ciudad Tampico, á donde dicen que han salido de la Barra las piezas de grueso calibre y las tres violentas que allí tomaron, dejando en la referida Barra un destacamento de este lado, y habiendo introducido á ella dos de sus embarcaciones, que en mi concepto son un

bergantín y una goleta de guerra, estando fondeados cerca del puerto ocho buques más de la escuadra.—De noche pasan un grupo de ochocientos hombres á Pueblo Viejo, y me figuro que será con el objeto de sostener su destacamento que tienen en Tampico el Alto fortificado, custodiando algunos heridos que tuvieron en la acción de los *Corchos*.—Desde Tuxpam con fecha 11 me dice el Exmo. ciudadano General Antonio López de Santa Anna, que venía con una división respetable sobre Tampico, ya noche le he contestado dándole cuenta de mis observaciones, posición y fuerza para que se sirva dar sus disposiciones *como General en jefe nombrado por la superioridad*. . . . Al ciudadano General Velázquez, que me escribió de Zacualtipam, con fecha 9, también le he contestado que active su marcha cuanto le sea dable, pues estoy con la idea de que el enemigo espera (refuerzos). . . . Permanezco en esta ciudad esperando las disposiciones del Exmo. General en Jefe de la fuerza que consta en el adjunto estado (9,000 hombres según el Boletín Oficial número 12, cifra inadmisible publicada para alentar al público). . . . Habiendo llegado ya las tres piezas del cañón de á 4 que estaba esperando de Soto la Marina, aunque un poco escasas de municiones, como lo está en lo general la división, con cuyo motivo he pedido al señor General Valdivielso que traiga de San Luis todas cuantas pueda (para reponer las que había dejado caer en manos del enemigo el mismo Garza), y lo mismo he encargado á aquel comandante general Mis avanzadas están situadas muy inmediatas al enemigo, observándole constantemente en todas partes, mas son de poco número y no puedo acercarme yo, ni aumentarlas porque el bosque que media es impenetrable, y no hay agua, ni pastos, ni proporciona capacidad por parte alguna para que puedan desplegar ocho hombres de frente. Sin embargo, comenzaré á hostilizarlo en cuanto sea posible, no habiéndolo hecho hasta ahora, porque no se separa de los puntos que ocupa, partida ó avanzada alguna, y porque me ha sido preciso organizar la división y dar un poco de instrucción á la milicia cívica.—Villerías, 15 de Agosto de 1829, á las nueve de la noche.—*Felipe de la Garza*.

Hoy han hecholos enemigos una salida de Tampico, sin duda con bastante fuerza de infantería, dos ó tres piezas de cañón y unos cuantos de caballería, tomando el camino que le dicen del Limonar y conduce á esta ciudad. Mis avanzadas de caballería los sintieron por sus espías, y casi todo el día han venido tiroteándolos sin po-

derles presentar más que dos ó tres hombres de frente en dicho camino, tan estrecho y boscoso; pero han avanzado hasta dos leguas de aquí, cerca de una laguna de agua, y en un paraje donde hace el monte una pequeña abra ó llanito.—Un poco más acá, donde vuelve á estrechar el camino, por dirección del Exmo. ciudadano General Manuel Mier y Terán, que llegó ayer á esta ciudad, se están construyendo unos parapetos de trecho en trecho para colocar *una pieza volante de cañón* y alguna infantería, con el fin de hacer al enemigo más costoso el paso si pretendiere continuarlo.—Estoy con el resto de la división sobre las armas, en la idea de que si salen al llano los enemigos, batirlos, persuadido de que lograré ventajas.—Villerías, 16 de Agosto de 1829, (á las ocho de la noche).—*Felipe de la Garza*.

El enemigo ha salido de su trinchera y no es difícil tome á Altamira, y quiera situarse en la hacienda del Cojo por su buen temperamento y abundancia de víveres: si lo logra, sacaremos ventaja, porque se le puede cortar la retirada y acabará pronto.—San Luis Potosí, Agosto 29 de 1829.—*Vicente Romero*.

. . . . los enemigos continuaron avanzando la noche del 16 del actual y en la mañana del 17, abriendo veredas por el bosque, de uno y otro lado del camino de ciudad Tampico á Villerías, hasta las nueve y media de ella que se rompió el fuego, y duró cosa de media hora, bastante sostenido por ambas partes en el primer parapeto que se les había puesto sobre dicho camino, por la dirección y trabajo de dicho ciudadano (Mier y Terán), sin los instrumentos necesarios y casi por las manos de la tropa, *que ni rancho había tomado en veinticuatro horas, después de la enorme fatiga de la noche y la que se batió en el día, á las órdenes del expresado general*, quien me manifestó que dicha tropa no podía resistir y estaba abandonándolo en el segundo parapeto, después de haber dejado el primero sin desorden, y en tal virtud, le mandé decir cerca de las dos de la tarde, que se sirviese retirar con toda la infantería, y una pieza que había puesto á sus inmediatas órdenes. Esta medida y la de salir de Altamira con su vecindario y toda la división, á las cuatro de la tarde, la tomé considerando que la fuerza que traía el enemigo, según informes, era superior á la con que yo me hallaba. . . . En este momento recibo el superior oficio de V. E. de 12 del actual, por extraordinario, previniéndome que de la misma manera dé parte la superioridad de las noticias que tenga de los enemigos, de mis operaciones ó combinaciones y demás que considere

conveniente, interín mereuna ó comuniqué con el *Exmo. ciudadano General en Jefe*, de quien hasta ahora no he vuelto á tener noticia, y creo que debe estar sobre Tampico el Alto. . . . Campo, á tres y media leguas de Altamira, 18 de Agosto de 1829 (á las siete de la noche).

—*Felipe de la Garza.*

Reunido por invitación de V. S. á la división de su mando, la tarde del 15, al medio día del 16, me concedió el honor de ponerme á la cabeza de doscientos hombres de infantería y dos piezas ligeras para retardar la marcha del enemigo, que avanzaba de Tampico para Altamira. Una partida de caballería, al mando del capitán D. Domingo Ugartechea se batía mientras en retirada con muy buen orden, y perdió un solo hombre muerto. Como recibía partes continuos, arreglaba á ellos mis disposiciones: el que tuve á las cinco de la tarde, me dió lugar á medidas más seguras para defender un desfiladero de tres leguas en que me había adelantado; coloqué parte de la infantería del modo conveniente al frente del enemigo y con los *ciento cincuenta dragones del 9*, que V. S. tuvo á bien poner á mi retaguardia y que por la naturaleza del terreno no eran útiles más que para faginas, construí un parapeto y abrí dos veredas á sus lados, para apoyarlo en emboscadas y buenos fuegos. La circunstancia de haber acampado el enemigo un cuarto de legua adentro de la orilla de la laguna de la Puerta, me permitió tiempo para darle más consistencia á este primer puesto, al que hallé capaz hasta para una pieza de á cuatro y la de haberme enviado V. S. sucesivamente más fuerzas de infantería que las que era posible poner en acción en un solo punto, me dió idea de que como el primero, podía poner varios puestos unos tras de otros, medida que me es sensible no haberla practicado con la extensión que era conveniente, para hacer imposible la marcha del enemigo, por falta de tiempo y herramienta. La división española no se hizo sentir en la noche sino por sus tentativas para explorar el bosque: por mi parte hice también varios reconocimientos para impedir, como es temible en bosques, que volteen los flancos y toda la posición. El capitán del undécimo batallón, D. Felipe Biramontes me dió aviso á las dos de la mañana de que á mi retaguardia y en el bosque de la derecha había encontrado terreno muy practicable para el enemigo, por donde podía voltear enteramente el obstáculo que se estaba poniendo: á la madrugada ví por mí mismo que el informe de aquel oficial era demasiado cierto: puse á sus órdenes cien hombres de un batallón con encargo de que en caso

que se intentara algo por aquellas partes, sostuviera el puesto hasta que nos pudiéramos retirar los que adelante estábamos emboscados. Al Sr. mayor general D. Vital Fernández y á su ayudante D. Ignacio Pro, dí órdenes para que recogieran la herramienta y construyeran otro parapeto y emboscadas en la forma de la primera, en terreno libre de inconvenientes: después de una hora ví que ya tenía adelantada esta operación, y entretanto, el enemigo avanzaba con mucha lentitud: tres horas tardó en andar el cuarto de legua que nos separaba y hasta las ocho no llegaron sus cazadores á nuestras emboscadas. Otra hora y cuarto empleó en un movimiento inútil para voltear nuestra izquierda, precisamente por donde el terreno no lo permite: dirigió entonces sus tentativas á la derecha y colocó un cañón tras del bosque: sus cazadores paraban luego que conocían la proximidad de los nuestros, y en todo ésto se guardaba gran silencio por las dos partes, rehusando darnos conocimiento anticipado de los fuegos que por fin se hicieron á las nueve y media, á mucha intermediación y con grande viveza. Como es imposible dar un paso en el bosque si antes no se ha talado de alguna manera, por los fuegos solos se pueden inferir los movimientos: al principio las guerrillas enemigas perdieron terreno: luego lo cedieron los nuestros con alguna confusión, por lo que, y porque ya eran tres horas que el enemigo maniobraba en romper el bosque hacia el punto poco seguro que guardaba Biramontes, me retiré sin pérdida ninguna á ocupar el segundo parapeto que encontré bien preparado á legua y media del primero, del que nos hemos retirado á las dos de la tarde por orden de V. S. Rancho de la Misión, Agosto 17 de 1829.—*Manuel de Mier y Terán.*

El Sr. general D. Manuel de Mier y Terán, con fecha 21 del actual, me dice lo siguiente en oficio que acabo de recibir: «Hoy ha atacado la primera división al mando del General en Jefe, la ciudad de Tampico de Tamaulipas: esta división ha podido recuperar á Altamira: para sostenerla con la permanencia que se nos ha prevenido, y cooperar á las operaciones ofensivas, es de la mayor importancia que V. S. sin pérdida de instante haga venir aceleradamente las municiones de fusil y de cañón de á 4 de que pueda disponer: en la manera posible, es también preciso que V. S. marche con la mayor diligencia.»

En cuya virtud, salen ahora mismo cuarenta cajones de cartuchos de fusil escoltados por una compañía de caballería del Java-

lí, para que á todo andar se reunan con la caballería que tengo avanzada á las órdenes del Sr. D. José Márquez, á quien le digo que no atienda más que al auxilio de las tropas que ya se están batiendo con los enemigos.—Campo sobre el Rancho de los Avalos, Agosto 23 de 1829.—*Javier Valdivielso.*

El ataque á Tampico.—Mientras Barradas iniciaba sus operaciones sobre el interior, probablemente con el propósito principal de salir de la zona mortífera de la costa, pues su campo se había convertido en un enorme hospital, el comandante Salomón que se quedó cubriendo la plaza de Tampico y el fortín de la Barra con 400 ó 500 hombres, fué atacado por Santa-Anna en la noche del 20 al 21 de Agosto. Cuando desembarcó en México Barradas, sólo se le podían abrir dos caminos: ó aguardar los refuerzos y obrar lenta y reflexivamente, con sujeción á las reglas del arte militar, sin poner en olvido la parte política de su misión, que consistía en constituir un núcleo de restauración española atrayendo á los borbonistas, ó al verse abandonado, desear escrúpulos y penetrar rápidamente en el país, insurgirlo contra el gobierno establecido, y no volver la vista atrás, sino dirigirse á las regiones pobladas y á las ciudades ricas para allegar recursos y aumentar el efectivo de sus tropas. Pero esto hubiera sido imitar á Mina, y Barradas, con perdón de su respetable nombre, no tenía forma de héroe. Suelo, clima y población, todo le había sido hostil entre Cabo Rojo y Tampico. El abandono en que se hallaba era patente, después de 23 días de haber desembarcado. La proclama que publicó anunciando su ocupación de una parte del antiguo virreinato de la Nueva España, no tuvo ningún eco alentador. «Barradas y sus compañeros buscaban inútilmente simpatías en un país que ha sacudido la dominación española para siempre. Gratificaban á los paisanos que podían haber á las manos: compraban á precios exorbitantes los víveres que tomaban.» Después de salvar en Altamira, el único valladar que podía impedirle su marcha al interior del país, tenía Barradas puerta franca para intentar una aventura digna de Cortés y de Mina. Este, doce años antes, no titubeó cuando en aquellas mismas playas tamaulipecas, sólo encontró, como él, las desapacibles soledades, el clima ingrato y la cobarde complicidad de D. Felipe de la Garza: sin pensar en los rezagados de Sardá, corrió hacia su objetivo, que era penetrar al corazón de la comarca insurgente y dar la mano á los jefes insumisos. ¿Supuso Barradas que irían á buscarlo las adhesiones fervorosas hasta los lejanos po-

blachos tamaulipecos y su objeto único al ocupar Altamira, era establecer dentro de aquella zona un cuartel menos insalubre, sin abandonar el puerto como base de comunicaciones con la Habana? Si así pensaba, fácil es comprender que el peligro más cierto de su situación consistía en quedarse, como se quedó, sin los auxilios de su gobierno ni los que se prometía recibir del país invadido, según las noticias de los emigrados, agotando, entre tanto, y de una manera tan inútil como irreparable, sus recursos, su efectivo y la moral de sus tropas. De esta situación, la más ridícula para un militar, y la más desesperada para un ejército que sale á combatir y encuentra sólo peligros de hospital, y miserias de asilo, vino á sacar á Barradas, la noticia, que debe de haber sido fausta para él, del ataque dado á Tampico por Santa-Anna. Este general, había llegado á Pueblo Viejo, y pasando el Pánuco, en la noche del 20 de Agosto, con 200 hombres del 3º de línea, 130 de los batallones 2º y 9º, dos escuadrones de las fuerzas de Orizaba, Jalapa y Veracruz, algunos cívicos de las cercanías y 40 artilleros, comenzó el ataque, entrando en Tampico, á la una y media de la noche. Reconcentrados los españoles en los fortines de la playa, protegidos por las embarcaciones de la boca del río, siguió el ataque hasta las dos de la tarde del 21, hora en que el jefe enemigo pidió parlamento. «La versión española sostiene que fué Santa-Anna quien enarboló bandera blanca, para proponer al enemigo que capitulara, y que Salomón aceptó para dar tiempo á que Barradas llegase de Altamira con el grueso del ejército, pues le había sido enviado un correo desde que comenzó el ataque, solicitando su auxilio»¹ ¿A qué versión española se refiere el Sr. Bulnes? La versión española auténtica, el parte oficial de Salomón, dice que por sus instrucciones se enarboló bandera blanca para solicitar una tregua y para advertir de paso al enemigo que estaba resuelto á imitar el ejemplo de Sagunto. ¡Deliciosas declaraciones de heroísmo después de pedir parlamento! Es también particular que el coronel Salomón, tan digno y pundonoroso, manifestara en su parte oficial que la única fuerza con que contaba el 21 de Agosto eran 200 «enfermos, convalecientes y cansados.»

La conducta de Barradas el día 21 de Agosto.—Según el Sr. Bulnes, Barradas pisó suelo mexicano, en actitud triunfal, durante 46 días, contados desde el 27 de Julio hasta el 21 de Septiembre.

¹ Bulnes, obra citada, págs. 56 y 57.

Véamos cual fué esa actitud triunfal el 12 de Agosto. Al aproximarse á Tampico, llamado por Salomón, se negociaba una capitulación entre éste y Santa-Anna. Barradas se presentó en el lugar de la lucha recién suspendida, al frente de 1,400 hombres, (dato aceptado por el Sr. Bulnes.) El mismo autor escribe que la fuerza confiada á Salomón era á lo más de 500 hombres. Si descontamos 100 como pérdidas causadas por el fuego enemigo, suponiendo que fueran 2,700 los españoles desembarcados, dato que hemos convenido en aceptar, quedaba un sobrante de 700 hombres. ¿Era éste el número de enfermos?

Sabemos que el campo español era un *enorme hospital*, pero aun así resulta excesiva aquella cifra. Cerca del 30% de individuos inutilizados por el clima y el fuego enemigo, antes de entrar en campaña activa, era para alarmar al jefe español, si no para desalentarlo.¹ Dada la falta de explicaciones de Sr. Bulnes sobre el número de bajas sufridas por los españoles, es imposible saber si en realidad tenía Barradas más de 1400 hombres bajo su mando inmediato al presentarse frente á Santa-Anna, con lo que aparece más incongruente su conducta, ó era tan alto como hemos dicho el número de las pérdidas sufridas antes de combatir que al verse por primera vez durante la campaña en el caso de tomar resoluciones vigorosas, su moral y la de sus tropas estaba ya rebajada hasta la abulia, el hecho es que al encontrarse frente á un enemi-

¹ Los datos del Sr. Bulnes no son siempre tan exactos como los que él exige de los demás. Así por ejemplo, en la página 48 dice que la columna de Barradas constaba de 1,400 hombres; en la 55 acepta que Salomón tenía 500 para sostener el puerto, lo que da el total de 1900; á pesar de esto, en la 62 dice que las fuerzas españolas estaban reducidas por las enfermedades y las balas á 2,000 hombres. ¿En dónde se encontraba el sobrante de 100? ¿en el puerto ó con Barradas? Esta diferencia no sería de tenerse en consideración si fuera la única. Hay otras. En la página 64 dice que Santa-Anna estaba al frente de 600 hombres y aunque en la anterior insiste en que Barradas tenía á su mando 2,000 *soldados viejos españoles*, en la 60 eleva esta cifra, pues asegura que *Santa-Anna tenía sólo la cuarta parte de las fuerzas españolas al llegar Barradas* y que éste contaba con una fuerza disciplinada y valiente cuatro veces superior á la de Santa-Anna, lo que equivale á 2,400 hombres. Y no se objete que el Sr. Bulnes no habla en términos de rigurosa exactitud, puesto que en materia de cifras es inflexible con los autores que comenta. En las páginas 24 y 25 se expresa así: «Habla Suárez Navarro: *En los Corchos tuvo lugar el primer encuentro con los invasores. El Coronel D. Andrés Ruiz Esparza y D. Juan Cortina, con un corto número de soldados del batallón de Pueblo Viejo de Tampico, y algunos milicianos de los pueblos inmediatos, sostuvieron el citado punto, cediendo al fin al número centuplicado de los contrarios.* Si la relación, comenta el Sr. Bulnes, era de cien españoles por cada mexicano, y siendo los españoles poco menos de 2,700, deben haber sido los defensores de los *Corchos* 26 ó 27 hombres, cifra que no puede constituir ni una *Compañía*..... Filisola estima los defensores de los *Corchos* en varias *compañías*, es decir, en varios centenares de soldados, mientras que según Suárez Navarro no pueden pasar de 27.» Esto indica que para el Sr. Bulnes no cabe ninguna tolerancia cuando se trata de la exactitud numérica.

go maltratado por largo combate, y muy inferior al suyo, en número y homogeneidad, (ya que no en valor) el brigadier Barradas eludió el choque, entró en conversación con Santa-Anna y le permitió que pasara con su gente á Pueblo Viejo en donde estaba el cuartel general del jefe veracruzano. Dice el Sr. Bulnes, para coonestar su explicación de la conducta de Barradas, según él generosa, que éste no podía suponer, como buen militar, que Santa-Anna tuviera fuerzas mayores, pues en ese caso habría tomado los fortines de la playa; tampoco podía temer, agrega, que las reservas mexicanas, le hicieran daño, estando, dado que las hubiera, del otro lado del Pánuco. De todas estas razones infiere que Barradas no dejó de combatir por temor á fuerzas superiores, sino por *generosidad*. Entre tanto Santa-Anna, viéndose sin salida y en la necesidad de rendirse ó luchar con fuerzas muy superiores á las suyas ¿qué hizo? Según Suárez Navarro, prepararse al combate contra toda la fuerza del enemigo; según el coronel Iturria, notificar á Barradas, por medio de un ayudante, que estaba en arreglos con el Coronel Salomón, por haber pedido parlamento el jefe de la plaza. Si no puede atribuirse á Santa-Anna el arrojado de que habla Suárez Navarro, supuesto que aun no llegaba el momento de optar entre batirse ó capitular, es imposible negarle serenidad en una situación comprometida, entre un adversario que podía aniquilarlo y un río no vadeable.

El Sr. Bulnes agota las posibilidades que había para Barradas de hacer un papel menos angelical: pudo imponer á Santa-Anna, ya que no una capitulación, á lo menos un convenio que terminara la guerra honrosamente para el invasor; pudo batir la corta fuerza de Santa-Anna, hacer prisionero á este jefe y tratar con Terán en buenas condiciones para volverse á la Habana. ¿Por qué no lo hizo, ya que daba por terminada la campaña y prefirió restituir á Santa-Anna á su cuartel general para tratar después con él en condiciones menos favorables? «Por generosidad, nunca por miedo á un enemigo que tenía *la cuarta parte* de las fuerzas españolas. Era tan ventajosa la situación de Barradas que en España fué acusado de traición, por no haberse apoderado de Santa-Anna.¹ La conducta de Barradas fué generosa, un buen rasgo español de clásica hidalguía en que para tratar libremente con el enemigo se comienza por de-

¹ Bulnes, *obra citada*, págs. 16, 61, 62, 63.